

dante, que el convento de la Cruz estaba ya tomado, dispuso su gente para impedir el paso á los que tratasen de romper la línea para salvarse. Una hora despues, cuando los repiques de las campanas anunciaban la toma del centro de la poblacion, el general republicano don Sóstenes Rocha, notando que hácia el cerro de las Campanas se dirigían diversos grupos de soldados imperialistas, mandó romper sobre ellos un vivo fuego de artillería. El cerro de San Gregorio, donde los republicanos tenían situados muchos y excelentes cañones, se convirtió en un sitio de donde sin cesar se lanzaban destructores proyectiles sólidos y huecos sobre la posición en que se habían refugiado los sitiados. Un reducto que coronaba el cerro de las Campanas era el punto de mira de todas las baterías de los sitiadores. Las fuerzas republicanas que se habían apoderado de la ciudad, dirigían igualmente, sobre el mismo punto, un destructor fuego de cañon con las piezas que habían caído en su poder.

1867. El emperador comprendió que aquel
 Mayo punto era insostenible, y que era preciso tomar una pronta resolución. Convencido de ello, dijo á los generales D. Tomás Mejía y D. Severo del Castillo que resolviesen lo que más conveniente juzgasen en las circunstancias en que se hallaban: «lo que ustedes resuelvan,» añadió, «yo mandaré que se ejecute.» Enseguida les ordenó que entrasen á deliberar en una tienda de campaña que en el cerro había.

Mientras los dos referidos generales, en union de algunos coroneles, se ocupaban en ver lo que sería más conveniente hacer, el emperador, sereno en el peligro,



GENERAL D. TOMÁS MEJIA.

esperaba con resignacion heróica la determinacion que tomasen sus generales, paseándose solo en el recinto del reducto. Conociendo que la situacion era muy dificeil para salir bien de ella, y que podría ser hecho prisionero, se acercó al instruído abogado D. Ignacio Alvarez, que se hallaba allí, y que, como he dicho, se habia incorporado á los que acompañaban al emperador cuando se alejaba de la Cruz. Maximiliano conocia mucho las ideas imperialistas del referido abogado á quien distinguia con su aprecio su leal ministro Don Manuel García Aguirre, y le dijo: «Quisiera que me indicase usted cómo podria evitar que cayerán en poder de los republicanos, mis condecoraciones, mi cartera, mi reloj y algunos otros objetos que traigo y deseo que no se pierdan.» D. Ignacio Alvarez le contestó «Señor, el escribiente de Vuestra Majestad D. José Blasio, podría salvarlo todo.» Una granada cayó al terminar estas palabras á distancia de algunos pasos del emperador y del que con él hablaba. El proyectil reventó, llenando de tierra á los dos, pero sin herir á ninguno de ellos. En esos instantes salieron de la tienda los generales Mejía y D. Severo del Castillo, manifestando á Maximiliano que existian diversos pareceres sobre la resolucion que debia tomarse. El emperador entonces les llamó á parte, y les preguntó si, francamente, creian que era posible romper las líneas de los sitiadores. El general don Tomás Mejía tomó un catalejo, y despues

1867. de examinar atentamente la posicion que
Mayo. guardaban los sitiadores y el número considerable de que estaban rodeados, contestó: «Señor, pasar es imposible; pero si Vuestra Majestad lo orde-

na, trataremos de conseguirlo: yo, por mi parte, estoy dispuesto á morir.»

Entre tanto el fuego de la artillería hecho por los republicanos, era cada vez más terrible, más destructor. Las bombas, las granadas y las balas de cañon se cruzaban en todos sentidos en el reducto. «Es preciso,» dijo el emperador á sus generales, «tomar una pronta determinacion para evitar mayores desgracias.» Al decir esto tomó el brazo de su oficial de órdenes, teniente coronel D. Agustin Pradillo, y le ordenó que saliera á parlamentar con el general en jefe sitiador D. Mariano Escobedo bajo las bases siguientes: «Primera; que si era necesario alguna víctima, esa fuese él; 2.^a, que los individuos de su ejército fueran tratados con todas las consideraciones que merecían por su lealtad y su valor; 3.^a que las personas de su servidumbre particular, no fuesen molestadas en manera alguna.»

El teniente coronel D. Agustin Pradillo, tomando una bandera blanca en señal de la mision que llevaba, se dirigió á la poblacion en busca del general en jefe republicano D. Mariano Escobedo para hacerle saber las instrucciones que llevaba para la rendicion. Al llegar á la plazuela de la Cruz, vió, segun refiere él mismo, á Don Miguel Lopez en union de muchos jefes y oficiales republicanos: montaba su caballo colorado, con el mismo equipo que acostumbraba usar, y nada revelaba que se encontrase en la situacion de prisionero: al pasar el parlamentario del emperador cerca de él, D. Miguel Lopez volvió la cabeza para que no le conociese y sospechase que él era quien habia entregado el punto de la Cruz.

En el momento que partió el teniente coronel D. Agustin Pradillo con la comision de parlamentar, se enarboló en el cerro de las campanas una bandera blanca. El
1867. emperador sacó entonces de uno de los bolsillos de su sobretodo un paquetito de papeles, y dió orden á su escribiente D. José Blasio y al capitán Fuerstenvaerther, de que los quemasen en la tienda de campaña. Pronto aquellos pliegos fueron reducidos á cenizas, sin que nadie haya sabido lo que contenían. Como no obstante haber enarbolado bandera blanca, los sitiadores continuaban lanzando una lluvia de balas de cañon y granadas del cerro de S. Gregorio y de otros puntos, sin duda porque no habian visto la señal, se colocaron otras varias sobre los parapetos del reducto. Entonces cesó el fuego de las baterías republicanas, y se dirigieron numerosas fuerzas de infantería hacia el cerro de las Campanas. Pocos momentos despues se vió subir hacia él un oficial republicano perteneciente á un cuerpo que se hallaba situado á la parte occidental. Cuando llegó á donde estaban los imperialistas, dijo que su jefe quería hablar con la persona que mandaba aquel punto. Con efecto, pasados algunos instantes se presentó el jefe anunciado, al cual el emperador dijo: «Ya he enviado un parlamentario al general Escobedo manifestándole mi resolucion de rendirme sin mas condicion que la que mi sangre sea la única que se derrame.» El jefe republicano contestó: «Como carezco de facultades para ofrecer cosa alguna respecto á garantías, nada puedo decir sobre el asunto de que se trata; pero el jefe de esta línea es el general D. Ramon Corona y á él puede usted ir á ver con las

personas que guste.» Entonces Maximiliano, acompañado de sus generales, jefes y oficiales, empezó á descender del cerro de las Campanas para dirigirse á donde se hallaba el general D. Ramon Corona. Un oficial imperialista, llevando una bandera blanca, precedía al emperador y sus adictos. Cuando habían andado un largo trecho, el general republicano Dávalos se dirigió al encuentro de ellos. Maximiliano, separándose de su séquito y adelantándose solo hacia el referido general, le preguntó con firmeza: «¿Con quién tengo la honra de hablar?» Dávalos le contestó atentamente: «Con un jefe republicano.» En seguida un oficial francés llamado Felix d' Acis que en Mazatlan se puso al servicio de la república y acompañaba al general Dávalos en calidad de ayudante, le preguntó al emperador mirán-

1867. ^{Mayo.} dole con altanería, si era Maximiliano. El emperador conservando su dignidad, su sangre fria y su firmeza, le respondió sonriendo desdeñosamente: «Con efecto, yo soy Maximiliano.» Entonces el oficial francés descubriéndose la cabeza, dijo en tono enfático y tomando una actitud burlesca: «Maximiliano de Austria, yo te saludo.» El emperador le envió una mirada despreciativa, y, volviéndole la espalda, dirigió la palabra al general Dávalos, preguntándole con voz tranquila, si sabia lo que se tenia resuelto respecto á su persona. El jefe republicano, observando con su interlocutor todas las consideraciones debidas á su nacimiento y su desgracia, le contestó sencillamente: «La clemencia es el espíritu que anima á todos los jefes republicanos.» Dichas estas palabras, saludó al emperador y se retiró á ocupar

su puesto, continuando Maximiliano su marcha con su séquito hacia donde se hallaba el general D. Ramon Corona (1).

1867. ^{Mayo.} Cuando se hallaba cerca de la llamada garita de Celaya, se detuvo, viendo que se dirigían á su encuentro algunos jefes superiores del ejército republicano. Era el segundo general en jefe don Ramon Corona, acompañado del general Cortina y de su estado mayor. Al llegar á donde se habia detenido Maximiliano con sus adictos, el general Corona saludó á todos. Entonces el emperador, dirigiéndose á él, le preguntó: «¿Tengo el honor de hablar con el general Don Ramon Corona?» Este contestó afirmativamente. «Los individuos que me acompañan,» dijo entonces Maximiliano, señalando con aire de dignidad natural á las personas que formaban su comitiva, «no tienen otra responsabilidad que la que les impone el haber seguido mi suerte: deseo que no reciban daño alguno: si hay necesidad de una víctima, yo quiero ser esa, y que mi sangre sea la última que se derrame en este país.» El general don Ramon Corona quedó prendado

(1) El sincero y apreciable escritor D. Alberto Hans, en su imparcial obra sobre los sucesos de Querétaro, ha sufrido un error, nacido sin duda de algun falso informe, respecto de la escena en que el oficial francés D. Felix d' Acis se propuso humillar á Maximiliano. No fué el general Dávalos, como el expresado Hans asienta por error involuntario, el que dirigió insulto alguno al emperador en su desgracia. Por el contrario, guardó con él las atenciones debidas al hombre en su infortunio. El general Dávalos no militó tampoco jamás en las filas imperialistas, como asienta el referido Hans, sino que siempre perteneció á las tropas republicanas. Sin duda que quien le dió esos informes al apreciable escritor Hans, equivocó al general Dávalos con su ayudante D. Felix d' Acis, oficial francés, como dejo referido.

de la dignidad con que fueron pronunciadas aquellas generosas palabras en favor de los que lealmente habían combatido á su lado.

Maximiliano indicó en seguida al general republicano que anhelaba hablarle aparte. Don Ramon Corona obsequió el deseo del hombre que en medio de su infortunio conservaba un valor y una dignidad sublimes, y se retiró á distancia de algunos pasos con él. En los momentos en que el ilustre prisionero iba á tomar la palabra, llegó, á caballo, un ayudante del general en jefe Don Mariano Escobedo con la órden de que se condujera á los prisioneros al cuartel general. Don Ramon Corona puso entonces á disposicion del expresado ayudante á todos los jefes imperialistas á excepcion del emperador, Mejía, Castillo, principe de Salm Salm y el teniente coronel don Agustin Pradillo, oficial de órdenes de Maximiliano, á quienes para que nadie pudiera ofenderles quiso acompañarles él mismo. El ayudante del general Don Mariano Escobedo partió con los jefes y oficiales imperialistas puestos á su disposicion, escoltando á los prisioneros una fuerza del regimiento de *Cazadores de Galeana*. Pocos instantes despues el general don Ramon Corona se dirigia con Maximiliano y sus cuatro leales adictos hacia la puerta ó *garita* de San Pablo, por donde iba á su enencuentro el general en jefe D. Mariano Escobedo. A corta distancia de los cinco prisioneros, pero como simple particu-

1867. lar, iba el abogado don Ignacio Alvarez,
 Mayo. de quien he hablado ya en páginas anteriores que, aunque adicto al emperador, fué considerado como pacífico paisano ansioso de presenciar los hechos.

Cuando D. Ramón Corona se encontró con el general en jefe, presentó á este sus prisioneros dándole cuenta de lo acontecido hasta aquel momento. Maximiliano al ser presentado á D. Mariano Escobedo, se desciñó la espada y entregándola al jefe republicano, dijo con dignidad: «Ya soy prisionero de usted.» D. Mariano de Escobedo tomó la espada y la dió al jefe de su estado mayor. En seguida dictó algunas disposiciones, y una parte de su escolta partió á poco llevando presos á Mejía, Castillo y D. Agustín Pradillo, quedando con el emperador el príncipe D. Felix de Salm Salm.

El general republicano D. Ramon Corona, despues de haber entregado los prisioneros al general en jefe D. Mariano Escobedo, marchó á la plaza con el fin de ayudar al general D. Ignacio Alatorre á evitar los desórdenes que pudieran cometerse.

Pocos momentos despues de haberse alejado, D. Mariano Escobedo, seguido de su estado mayor y llevando á su lado á Maximiliano, á quien como he dicho, acompañaba el príncipe de Salm Salm, subió al cerro, donde desmontaron de sus caballos. El egregio prisionero, dominado siempre por sus generosos sentimientos y procurando salvar la vida de los jefes que habian combatido por el imperio, dijo á D. Mariano Escobedo á la entrada de la tienda de campaña que estaba en el fortin: «Si se hallase aquí D. Benito Juarez, le diria que si se ha de derramar más sangre, sea sólo la mia. Esto mismo digo á usted y le suplico que ponga en su conocimiento mi deseo. Respecto de las personas pertenecientes á mi casa, le pido que, si lo deseasen, se